

El olvido divino

Alejandra Gotoó

El 13 de agosto de 1929 Dios se convirtió en hombre. Muchos teólogos han afirmado que había sido inmutable hasta esa fecha, algunos otros consideran que su transformación ocurrió el 15 de octubre de 1844, varios más dicen que esto nunca ocurrió, que solo mandó a su hijo a la Tierra, pero que él no vino personalmente. A la fecha existe una discusión encarnizada acerca de si Dios se volvió o no hombre alguna vez. Nosotros asumimos que sí lo hizo y hemos tomado la primera fecha mencionada como la única y verdadera.

El Verbo se convirtió en hombre y siempre supo quién era hasta esa mañana. Se miró reflejado en el espejo, aún empañado por la ducha que acababa de tomar, y dejó de saberlo. Durante su juventud le había gustado ir a las iglesias. La arquitectura le agradaba, con sus puertas grandes y techos altos para permitir que se sintiera cómodo en ellas. Cuando asistía, veía a los hombres ir de un lado a otro con vestimentas especiales y cantando para él. Realmente se esforzaban para construir los templos en los cuales habrían de adorarlo. Además de la altura y las sotanas, en las paredes pintaban innumerables frescos de escenas bíblicas. Le cautivaba sobremedida saber la razón de toda esa belleza. Solía conceder sonrisas cuando se encontraba con personas que lo veneraban. Debemos admitir que se sentía bastante orgulloso de ser él. Por eso solía visitar distintas iglesias en un día, incluso varias a la vez. Quería ver a los hombres sentir admiración mezclada con temor durante los servicios religiosos.

Su capilla favorita era la de santa Catarina, pero también disfrutaba la del Carmen, la de santo Tomás, la de san Isidro, la de la santa Veracruz, la de la Santísima Trinidad... Ya que durante su vida había visitado templos de manera regular, no le resultó raro que esa mañana, siendo un hombre de 86 años, al salir de su casa sus pasos tomaran instintivamente rumbo hacia la iglesia. Antes le había encantado caminar, puesto que lo hacía sentir más humano: que la pierna derecha alcance a la izquierda para después ser rebasada por ella y así continuar en ese intercambio de poder hasta llegar a un lugar. Esa mañana no tuvo otra opción, se descubrió a sí mismo cansado después de dos cuadras y media, se detuvo a recuperar el aliento. Recorrió con sus dedos su cabello sin caspa y, tras unos minutos, continuó su camino. Esta vez puso menos atención en sus planes para cuando llegara a la parroquia y se concentró en el dolor de sus rodillas.

Al entrar a la iglesia miró a su alrededor, había pocas personas. «Quizá porque es entresemana», pensó, mientras caminaba por la nave central acercándose poco a poco al altar. Sin embargo, como bien sabemos, en 2015 la fe religiosa de los seres humanos se había diluido. Con la crisis climática, la desaparición de especies y las posibilidades de guerra entre potencias mundiales, la población tenía poco interés en lo intangible. Aunque para estar seguros de las razones de la humanidad habría que consultar a algunos teólogos. Es cierto que el siglo pasado estuvo plagado de conflagraciones entre potencias, con ataques directos o velados, además de otros conflictos menores. También tuvo lugar la extinción de ciertos animales, como el guacamayo glauco, en 1950, o el gorrión costero oscuro, en 1990. Sobre la crisis ambiental, nos parece que el joven Dios de las primeras décadas del siglo pasado no prestó mucha atención al tema.

Antes de sentarse en la segunda hilera de bancas, observó alrededor y contempló la riqueza del lugar. Entonces suspiró y se hincó. Estuvo rezando largo rato. Cuando se levantó, sintió un terrible dolor en las rodillas, mucho peor que el que había sentido al caminar. Regresó a casa en la noche, sintiéndose muy cansado, después de haber visitado un templo tras otro.

Al día siguiente su alarma sonó a las 5 de la mañana, pero le resultó imposible levantarse de la cama; después de varios intentos fallidos y una frustración creciente en su interior, algo que jamás había sentido, se decidió a llamar a un médico. Este lo escuchó sin interrumpir, luego le dijo que era lógico que no pudiese levantarse: una persona de su edad no debía haber hecho tanto esfuerzo como el que había realizado el día anterior. Eso de haber ido de un santuario a otro estaba muy, muy mal. Después de discutir con él y notar que era en vano convencerlo de asistir a menos templos al día le recetó unas pastillas y algo de reposo. Por favor, señor, trate de descansar, aunque sea un poco... ¿qué necesidad tiene de ir de a tantas iglesias?

También le recomendó contratar a una enfermera de planta para que lo acompañara. Así por lo menos habría quien lo ayudara en caso de que algo le pasara. Ya a su edad no podía darse el lujo de estar solo, además de que la ciudad era cada vez más peligrosa, como todos sabemos. Él sostenía que siempre había frecuentado varias capillas al día, que nunca le había pasado nada malo. El médico, desesperado, le preguntó por qué iba a tantos lugares sagrados. Permaneció callado, no tenía una respuesta. El doctor asumió que era un anciano a quien a lo largo de su vida había acompañado una ferviente fe, sonrió y, para romper el silencio entre ellos, le dijo: «Tener fe es algo muy importante, señor, Dios siempre va a estar ahí para usted, visitar la iglesia es algo bueno, todos deberíamos hacerlo, aunque a veces no tengamos el tiempo». Y colgó el teléfono sin darle tiempo de respingar.

Él se quedó pensando en las palabras del galeno. Esa tarde consiguió que el hospital de mayor prestigio de la ciudad le mandase una enfermera, porque lamentablemente el médico tenía razón: un señor de su edad no debía andar solo por ahí, no era muy seguro. Antes de decidirse a contratarla, consideró la posibilidad de no ir a ningún templo. La descartó enseguida. ¿Qué haría en esa casa tan grande todo el día, solo?, se preguntó. Para él era necesario asistir al templo a diario porque, como había enunciado el doctor: «Dios siempre está en la iglesia». Resolvió que lo mejor que podía hacer era conseguir a la enfermera y buscar a Dios, así estaría acompañado. Mejor únicamente dormir en esa casa tan grande, de corredores largos, innumerables libreros, pinturas impresionantes y estatuas que no siempre lo hacían sentirse tranquilo. Se miró las manos con uñas limpias y recortadas antes de dormir y se preguntó qué había hecho antes. Entre sueños trató de recordar su nacimiento.

Al siguiente día fue a otras capillas. Notó lo descuidado que estaba el atrio de santa Teresa y lo sola que estaba la iglesia de san Andrés apóstol. Se dijo a sí mismo que la gente debería ir con mayor frecuencia a los lugares de adoración, que Dios no iría a buscarlos si ellos no iban primero; después de todo, nunca se ha caracterizado por buscar la compañía humana y depende de los hombres tratar de encontrarlo. Un teólogo reconocido, que prefirió que no incluyamos su nombre, nos ha concedido en una entrevista la siguiente frase: «La verdad es que durante muchos años hemos partido de la premisa de que Dios no busca al ser humano, pero algunos hechos recientes nos han hecho dudar. ¿Recuerda usted el acontecimiento de 1991? Bueno, y también tenemos el de 2012, y algunos más antiguos, no recuerdo con exactitud las fechas». Dios continuó con su reflexión, no tendría por qué ir tras los seres humanos. Regresó de nuevo muy cansado a la enorme casa, pero ya no de noche, porque la enfermera no se lo permitió. Con amable insistencia lo persuadió de volver antes de que se pusiera el sol para disfrutar la luz tibia desde la mesita del jardín. Fingió enojarse con ella porque no lo había dejado visitar santa Alfonsina, pero realmente estaba

muy cansado. Solo quería llegar a sentarse en su sillón y cabecear mientras fingía leer. No comprendía cómo antes podía ir a tantos templos en un día y ahora ya no. Dejó de preguntárselo en el instante en que cruzó el jardín para llegar a la casa. La cuidadora tenía razón: a esa hora había una luz tibia que lo hacía experimentar algo inusual en su interior. Se fue directo a la cama, estaba tan cansado que no quiso sentarse un rato, como lo tenía planeado. Con mucha calma le explicó a la enfermera que, si lo hacía, se quedaría dormido sin remedio, aunque ella no le había dicho nada al respecto. Después de haberlo convencido de volver antes de que fuera muy tarde, perdió interés en sus palabras. Ella iba caminando junto al anciano pensando en otras cosas.

El cuarto día, Dios tuvo que acudir al hospital mientras peregrinaba por los templos. Tenía un terrible dolor de espalda que no lo dejó continuar. Aunque le hubiera gustado ir a la mejor clínica, le quedaba muy lejos y no había manera de seguir caminando. Sus rodillas seguían molestándole mucho, y además sus muslos y pantorritas se sentían muy calientes. Los médicos, tras tomarle radiografías, comprobaron que no era nada grave. Lo que le sucedía a su cuerpo era tan solo el desgaste normal de la edad. Le recomendaron comprar una silla de ruedas. «No para que la use siempre —le aseguraron— sino para que la utilice cuando se sienta muy cansado». Al salir de la clínica, la enfermera, que parecía preocupada, le propuso irse a casa, comer algo y tomar una siesta, recuperar energía para después salir a más iglesias. Él le contestó que eso resultaba imposible porque solo había visitado un par ese día y no podía perder más el tiempo, ya había pasado mucho con los médicos, así que continuó su recorrido. Regresó a la casa fría y ostentosa sin que su dolor lo hubiese abandonado. Cerró las persianas como si la luz de las farolas le molestara.

El quinto día, Dios salió en silla de ruedas. La enfermera lo empujó hasta la iglesia de san Alejandro, donde pasó casi todo el rato en el atrio dándole pan a las palomas. Quiso comprar alpiste, pero no había ningún lugar cerca donde pudiera conseguirlo. Pensó en mandar a su cuidadora por él, pero no se sentía del todo cómodo solo, así que terminó adquiriendo dos paquetes de pan en una tiendita que encontraron en el camino. Desde que salió de su casa, Dios ya sabía lo que quería hacer. Aunque entró al santuario y rezó durante largo rato, estuvo pensando en las aves y la mayor parte del día la pasó en su compañía. Había muchas palomas y algunos gorriónitos. Le gustaba mucho la manera particular en que caminaban. Nunca antes lo había notado. La enfermera se quedó en una banca y contempló a distancia la escena del anciano alimentando a las palomas. Esbozó una sonrisa: «¡Dios mío! ¡Qué lindo señor!», se dijo a sí misma mientras lo veía lanzar trocitos de pan especialmente cortados para que las aves pudiesen comerlos. Ni muy chicos, ni muy grandes. Él utilizaba sus

manos como si durante muchos años se hubiera dedicado a eso, a alimentar a otras criaturas más pequeñas e indefensas.

El sexto día, Dios salió casi a mediodía de su casa de olvido, muy tarde en comparación con las jornadas precedentes. Fue empujado en la silla de ruedas hasta la iglesia de san Pedro. Al llegar dibujó la cruz sobre su frente con agua bendita, sus movimientos eran temblorosos y en más de un momento pensó no estar haciéndolo bien. Entró con una reverencia que no había mostrado antes. Rezó. Pidió por toda la humanidad. Estuvo ahí un par de horas, luego visitó el templo de santa Lucía, el de santa Estefanía y el de santa María. Estuvo ahí aproximadamente cinco horas y en cada una rezó por la salvación de los hombres, por sus pecados y sufrimientos. Se encontraba preocupado, el dolor de las rodillas no lo había abandonado y ahora también tenía malestar en los tobillos. Regresó muy tarde y demasiado cansado a su casa. Las persianas continuaban cerradas y lo vimos cruzar el espacioso jardín. La enfermera se detuvo a mirar a su alrededor, pero no pudo vernos. Le dijo que le cobraría por las horas extra y que tendría que entrar solo a casa. Él accedió a regañadientes y sacó de su cartera algunos billetes nuevos, los colocó en su mano derecha y poco a poco fue empujándose hasta llegar a la puerta de palo santo. Mientras se desplazaba con lentitud por el jardín hizo un recuento de sus actividades y pensó que había sido muy productivo: la iglesia de san Pedro, la de santa Lucía, la de santa Estefanía, después la de santa María y finalmente su casa. «Sí, el día ha sido muy largo y un poco tedioso» —musitó, sin estar muy seguro de tener el derecho de pensar algo tan profano. Para ese momento la cuidadora ya se había ido y le fue difícil a Dios entrar en la vivienda.

El séptimo día desde que él se había olvidado de sí mismo tuvo casi la misma rutina, solo que esta vez la enfermera esperó sentada al lado de la cama hasta que se quedó dormido. Él mismo se lo había pedido. Antes de cerrar los ojos reflexionó un poco. Pensó que antes no necesitaba que alguien vigilase su sueño y ahora se sentía inseguro estando solo... Se preguntó qué había cambiado dentro de él. Trató de recordar cómo había sido de joven. No pudo hacerlo. Terminó vencido por el sueño entre cavilaciones. La cuidadora lo arropó antes de irse a una recámara que había sido adaptada para ella. Dejó la lámpara de buró encendida y una campana a la mano por si el anciano despertaba en la noche requiriendo algo. Habían acordado que a partir de ese día ella viviría ahí para que estuviese disponible a cualquier hora en que él pudiera ocuparla. Que su salario se multiplicara le ilusionaba. El hombre despertó varias veces durante la noche debido a pesadillas y llamó a la enfermera para que lo acompañase hasta que volviera a quedarse dormido. Su presencia lo hacía sentirse tranquilo. Ella mojaba sus labios con un sorbo de agua y le acariciaba el cabello. Le susurraba que eran solo sueños y que tratara de descansar. Al

amanecer se vistió muy lentamente viendo su ropa. Tenía cierto apego a esos trapos, pero no estaba seguro de su significado.

Esa semana fue seguida de otras que terminaron por convertirse en meses y los meses en años. Seguía visitando mínimo tres santuarios al día, con su constante dolor en las rodillas y a veces en alguna otra parte del cuerpo. En ocasiones buscaba algo sin saber exactamente qué, otras, solo iba a los templos para alimentar palomas. El resto de la investigación se encuentra extraviada. Nietzsche afirmó que Dios murió, pero él vivió mucho antes de la fecha que consideramos única y verdadera. Quizá más que un filósofo era un profeta. Tal vez algunas de sus características divinas se hayan quedado con él. Dios está vivo, pero se ha olvidado de sí mismo. Una de las explicaciones que tendríamos para la secularización y desapego a lo intangible puede ser esa. Con su falta de memoria todos nos hemos olvidado. De todos modos, seguimos buscando a la enfermera. Creemos que ella puede proporcionarnos pistas para entender el fenómeno.

ALEJANDRA GOTOÓ. Ciudad de México, 1991. Escritora, editora y traductora. Su literatura explora temas como la memoria, la migración, la fragilidad y los vínculos cotidianos. Estudió Letras Inglesas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y una maestría en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana (Ibero), donde investigó la experiencia emocional de los trabajadores de la salud durante la pandemia. Ha publicado en América Latina y Europa, y es columnista en *The Dubrovnik Times* e *Isotopías*. Su trabajo ha aparecido en las revistas *Aion*, *Arte-facto* y *Monolito*. En 2024 ganó la séptima edición del concurso organizado por la Antología de Escritoras Mexicanas con el cuento “Madre primeriza”. Actualmente, prepara su próximo libro. Vive en la Ciudad de México con su perro Čevapi, compañero de viajes y afectos.

Recibido: 10 de octubre de 2021

Aprobado: 27 de marzo de 2025